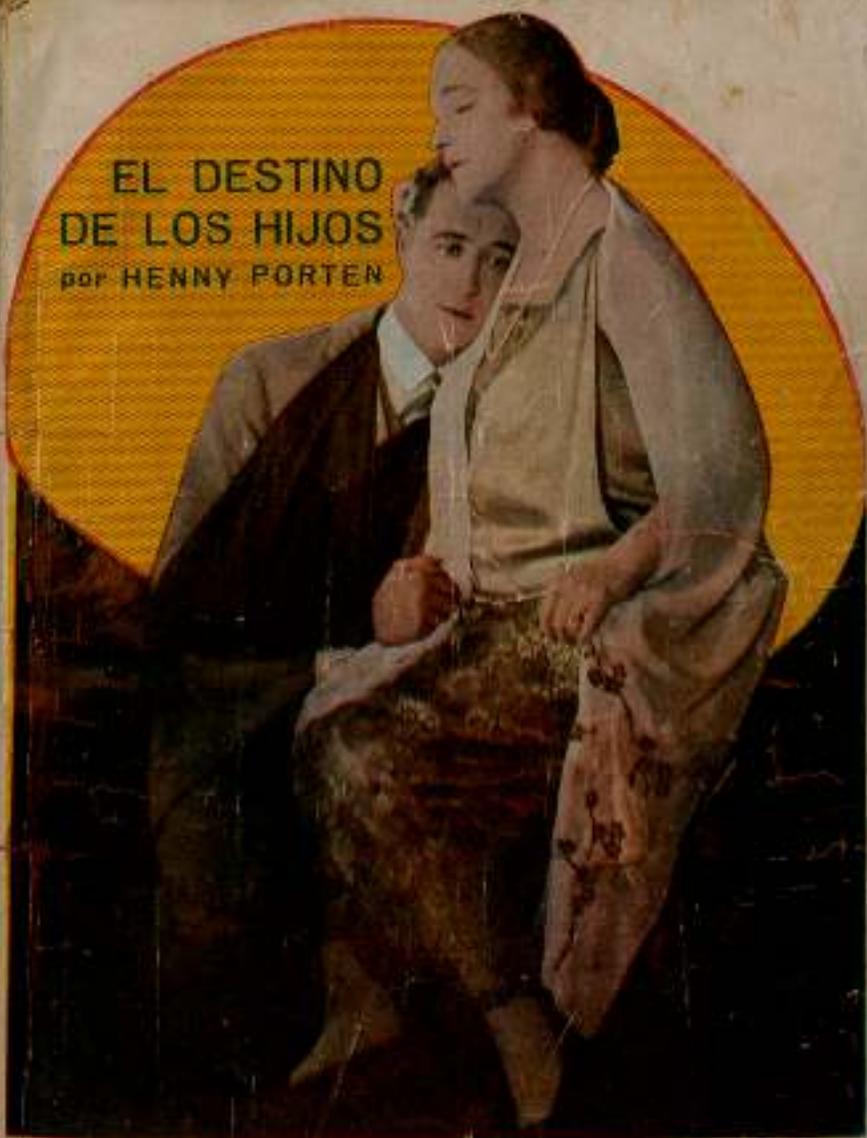


EL DESTINO
DE LOS HIJOS
por HENNY PORTEN



14

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

60
cts

EL DESTINO DE LOS HIJOS



EL DESTINO DE LOS HIJOS

PRIMERA JORNADA

¡El destino!

He ahí el misterio de la vida... ¿Quién ha logrado jamás descubrir cuál era su destino en la vida mortal?

Muchas veces, sin embargo, es mejor para nosotros ignorar cuál pueda ser nuestro destino. Sería, el conocerlo, una amargura, un martirio inaguantable, una fuente más de odios y de luchas en la humanidad: porque al querer huir del camino, del destino conocido, apelaríamos a todos los medios, sin tener ni amor ni compasión a nadie... ¡Harto que, solamente para evitar que nos vengan males presentidos, los hombres nos volvemos malos, nos corrompemos!

Mejor, sí, que sólo de la Providencia sea conocido nuestro destino. Así se evitan males mayores.

II TIFOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SENNA Y RUSSELL
CALLE DE ENRIQUE GRANADOS, 112
II TELÉFONO 6-104 : BARCELONA ::



LAS HILADORAS DEL DESTINO

La abuela, señora de Gral, acapalada dama de la rancia familia de este nombre, había quedado en el mundo sin otra compañía que los dos nietecitos, hijos de su primogénito, Franz y Otto.

La buena señora tenía más fantasía en el cerebro que canas y arrugas en la cara.

Era de las que tenía la creencia teosófica, según la cual el hilo de la existencia de los mortales se devanaba en la meca de unas brujas hiladoras del destino.

Y allá en su imaginación, más de una vez, se las había forjado y las había visto en la tarea de devanar el hilo de la existencia de los pequeños nietos.

Pero su máxima preocupación estaba en que, por disposición de su hijo, debía hacer el testamento en breve... Y el testamento debía ser muy original, según había dispuesto el padre de Franz y Otto.

Al morir, le había dejado ordenado que para conservar íntegro el caudal de la familia, designase

único heredero a quien fuérale más grato de los dos pequeños.

Había llegado el día de la decisión.

Mientras contemplaba a los dos niños, que ajenos a cuanto les rodeaba jugaban junto a la abuela felizmente, fué interrumpida en su delectación por la llegada del abogado de la antigua familia.

Con gran ceremonia y respeto, después de saludarla, díjole:

— Señora, el escribano y los testigos esperan vuestras órdenes.

— Estoy muy abatida; crea usted, amigo mío... es un encargo para mí muy desagradable tener que testar en esta forma.

— Lo comprendo... pero no puede pasar de hoy la cumplimentación.

— Pero es que yo no puedo... no puedo decidirme.

— Es ahora, noble señora, cuando tenéis que decidiros por uno de los dos.

La pobre anciana de Gral, al ver que debía resolver tan perentoriamente se sintió desfallecer.

El problema era de tal gravedad, tal el peso de la responsabilidad que iba a adquirir, que no pudo retener una lágrima — cosa desusada entre aquella familia, pues jamás ninguno de sus miembros había llorado ni en las circunstancias aquellas en que la tragedia se había cernido implacable sobre ellos.

Miró a las dos criaturas, que seguían a sus pies ajenas por completo al momento trascendental para

su porvenir. Hizo entonces la abuela un movimiento de energía con la cabeza y dijo al abogado:

— Por favor... Es muy difícil para mí decidir este grave asunto...

— No lo dudo, pero es inaplazable su solución.

— Concédame, siquier, una hora para resolver...

— Bien; a eso no podemos oponernos, con tal que antes de la puesta de sol hayamos resuelto el asunto; no podemos negar a usted este favor.

— Gracias. Usted mismo disponga de mi casa, para que los que le acompañan pasen lo mejor posible estas horas, que van a ser para mí de verdadero tormento...

El abogado se retiró, tan acongojado casi como la misma señora de Gral se quedó.

En tanto los dos niños sentáronse a la mesa, dispuestos a despachar con gran alegría una succulenta merienda.

La anciana se les quedó mirando tristemente.

Era Franz mayor que Otto, sí bien con la sola diferencia de un año, delgado, rubio, de facciones bellas y dulces que denotaban las cualidades de su buen carácter, afable y dulce. El menor era moreno, de cara achatada y reflejaba todo lo contrario de su hermano mayor, pues aunque pequeño, sus movimientos eran bruscos y su carácter adusto.

Como dijimos, la anciana tenía muchas preocupaciones, mejor dicho, supersticiones; así es que por



«Concedáname una hora de tiempo...» dijo la señora de Gral.

la influencia imaginativa no tardó muchos minutos en quedar sumida en un profundo ensueño.

Como en un libro, su cerebro exaltado leyó el porvenir de aquellos pequeñuelos...

Pero este fenómeno de la imaginación fué provocado precisamente por la acción cometida por ella antes de caer en el extraño sopor.

Creyendo en que el azar sería el mejor consejero de decidir tan grave cuestión, tomó la resolución de que sería escogido para heredar la cuantiosa fortuna

aquel que antes se levantara a recoger un ovillo de algodón que casualmente tenía en sus manos.

Tiró, pues, el ovillo, haciendo que los niños se dieran cuenta.

— Tome, abuelita — gritó Otto, recogiendo presuroso el ovillo y entregándolo sin más palabras.

— ¡Vaya es la herencia, Otto! La suerte lo ha querido!

El pequeño hizo un gesto de completa indiferencia, mientras que su hermano, comprendiendo algo de la expresión lanzada por la abuelita, se acercó a ésta y le dijo cariñosamente:

— ¿Qué decías, abuelita?

La anciana, atrayendo hacia su corazón la tibia cabecita del niño, exclamó:

— ¡Infortunado Franz!... ¿Qué será de ti, de tus hijos y de los hijos de los tuyos?...

El ovillo se devanará.

¿Hebra de oro o nudo de horca?

Y la anciana, como dicho queda, fantasea sobre el porvenir de aquel nieto que no tuvo suerte...



II

MISERIA Y FORTUNA

Los años transcurrieron con una vertiginosidad inconcebible.

Allá en un pueblo de la costa de la Francia meridional, tiene el Estado su asilo para los hijos abandonados al venir a lo que, por irrisión, se llama vida...

Un guardia de la municipalidad llamó a la puerta de la casa de una de aquellas mujercas que, por un sueldo más o menos exiguo, alimentan a los pobres desgraciados que no tienen un pecho maternal que les dé el jugo para su existencia.

— Señora Huber — gritó con toda la autoridad de su garganta.

— ¡Voy!... Y no grite usted tanto, que no somos sordos los de esta casa — dijo con cara de pocos amigos una mujer desgredada, saliendo arreglándose las mangas del vestido.

— Que vaya usted en seguida a las oficinas de la Casa de Huérfanos.

— Bueno, hombre, bueno, allá voy... Pero no había para meter tanto ruido.

— Es que usted está un poco sorda, cuando de allá le dicen que vaya.

— Eso es lo que no le importa a usted, señor autoridad.

Entró y salió en un santiamén, colocándose sobre los hombros un pañolón que en su tiempo había resguardado del frío.

La señora Huber se dirigió presurosa a las oficinas.

El encargado de un centro caritativo puede no ser, precisamente, caritativo... y el encargado de las oficinas de la Casa de Huérfanos era uno de estos casos.

Envuelta en unos diarios, una pobre criatura, una hermosa niña recién nacida, lloraba desconsoladamente...

El administrador no pudo disimular su enojo, y tirando de un empujón una colección de libros enormes de registros y contabilidad al suelo, gritó enfurecido:

— ¡Si callarás de una vez, perra!... Parece que sepas de quién eres descendiente!... ¡Vaya jugarreta te hicieron tus abuelos!

Entrando entonces la señora Huber, preguntó con tono de mujer que tiene franqueza de sobra en la casa:

— ¿Qué novedad hay, señor administrador?

— Que tendréis que encargáros de la lactancia de esta pequeña.

— Bien; y... ¿hay buen sueldo?... ¿Cómo se llama?

— Se llama Magdalena, y no tiene más fortuna que esos ricos pañales... — añadió señalando los diarios.

— ¡Vaya alhaja!...

— Es la nieta de Franz, aquel pobre diablo que no se dió prisa de recoger el ovillo.

— Bueno, ¿qué le vamos a hacer!... ¡Paciencia! Y recogiendo a la pequeña envuelta en los papeles de diario añadió — : Al menos tendremos abundante lectura en casa.

Y aunque irrisoria la pensión del municipio, la señora Huber se conformó a dar la lactancia a la niña.

— Menos mal que es una niña, que puede ayudarme mañana en los trabajos de casa.

Y sin más explicaciones salió de la oficina, llevándose a la infeliz huérfana.

Y pasaron los años... Y la niña es ya una bella muchacha en la lozanía de la primavera.

Pero el tiempo ha ejercitado su acción devanadora tejiendo para Magdalena una juventud mísera e infeliz.

Magda, «la Huérfana», como todos los del pueblo la llaman, vive con su nodriza, la señora Huber, y con ella cuida de una granja, propiedad de unos ricos señores de la capital de provincia.

Ella va al bosque por leña, trajina en la casa, cuida de las aves de corral, de las cabritas; y de campo a casa, por las calles tristes y solitarias de la población se la ve de tarde en tarde pasear por la ribera del río mansurrón, acompañada siempre de su cabrita blanca, su única y fiel amiga.

Pero aquel verano se alojó en la granja el hijo de sus propietarios, el simpático Nicolás, que no tardó, sin que él se enterara, en alojarse en el corazón de la desdichada huérfanita.

Claro que este amor era completamente platónico, puesto que se contentaba en ahogar algunos suspiros cuando por las mañanas le veía asomado a la balaustrada del patio, mirando como cila le limpiaba esmeradamente los zapatos.

Además se entretenía en adorar el santo por la peana, ya que furtivamente posaba sus coralinos labios en el charol de los zapatos de Nicolás.

Y ella, no obstante, en su corazón amoroso le había levantado un altar, quemando en su ofrenda el incienso de sus constantes recuerdos. Era, sin embargo, alimentar una ilusión vana, un irrealizable sueño. Mas ella no dejaba de amar apasionadamente al joven estudiante, recibiendo cualquier nimio galanteo o atención como la demostración del amor del joven, que en verdad no lo había sentido más allá de los momentos en que a su lado pasaba para ofrecerle una flor del repertorio galante de estudiante dicharachero.

Nicolás era la alegría de la aristocrática colonia, que aquel año había aumentado extraordinariamente en la población.

El microbio del baile residía en aquella colonia completamente a sus anchas, reinando en las más altas esferas de una manera absoluta.

Como en todos estos casos, la colonia tenía su maestro de ceremonias forzoso, su maestro de batutas, un profesor completo de baile...

Este individuo era, en este caso, un sujeto desconocido de todos en el fondo, pero que habíase captado la confianza y simpatía de todos también, ignorando el cómo y por qué de ello sus propias amistades. Pero el tal profesor, que se hacía llamar Pablo, era un sujeto de verdadero cuidado.

Venia Magda, al atardecer de un día lleno de brisas suaves y perfumadas, de su cotidiano trabajo al monte, acompañada, como de costumbre, de la blanca y fiel cabrita.

El próximo eco de la orquesta del Casino de los veraneantes la hizo apresurar el paso, respondiendo a un deseo vehemente de ver a los veraneantes cómo se divertían. Se detuvo. Apoyóse en la barandilla de la *terrace*, y procurando no ser vista de nadie se deleitó unos instantes viendo como bailaban aquellos jóvenes de la colonia.

— Yo no he podido ni podré gozar nunca de estas diversiones! — exclamó lanzando un suspiro la pobre huérfanita.

Acarició un poco la testuz de la cabrita, que silenciosa la estaba observando.

¡Ojalá se hubiera alejado al instante!

De pronto, sus mejillas sonrosadas y blancas palidecieron con palidez de muerte...

Vió desde su observatorio a una pareja de atorolados jóvenes, al parecer arrullados por el amor primero de la juventud.

Eran Nicolás y otra joven, rubia bellísima y de porte gentil.

Se llamaba Judit, la que había prendido en sus bucles de oro el corazón del estudiante.

— ¡Iniciz de mí!... ¡Jamás me hubiera fijado en su rostro!...

Y con el corazón lleno de dolor se arrastró, más que se encaminó, a su casa.

Braulio, un vendedor de frutas, se pasaba la vida suspirando por una niña del pueblo, la más encantadora.

El buen vendedor decidió dar el gran paso, y alegre como unas Pascuas se presentó en la granja de la señora Huber.

— Que buenas tardes tenga la señora de Huber... Siempre tan trabajosa, ¿eh?

— ¿Qué quieres, Braulio, tan alegre por aquí?

— Pues poquita cosa... Venía a ver si...

— No acabes; hoy no puedo comprarte nada.

— ¡Ay, señora Huber!... es que no todo han de ser peras y manzanas.

Entonces ¿qué necesitas, muchacho?

— Pues... necesito, necesito... ¡una Eva!

— ¿Una Eva? Pero, por Dios, que si no te explicas mejor cada vez te entiendo menos... ¡Explicate de una vez y acabemos, que hoy pareces un enigma, Braulio!

— Me explicaré. Yo creo que tengo edad de buscar una compañera de penas y alegrías. ¿Eh?

— Que tienes razón. Prosigue.

— Tengo, como usted sabe, señora Huber, algún dinerillo ahorrado con mi trabajo... y en fin, que he pensado dirigirme a usted para preguntarle qué opina de la pareja que podríamos hacer Magda y yo.

— Excelente. Para mí excelente, Braulio; eres un buen muchacho, hacendoso y capaz de hacerla feliz.

En aquel momento, apesadumbrada y triste, se acercaba Magda.

Oyó este final del diálogo y tuvo que apoyarse para no caer. Tras un desengaño, una pena... Porque Braulio era bueno como el pan, eso sí; pero gañán y bruto como el que más.

— ¡Hola, gentil Magda! — dijole sonriente el mozo al verla —. Siempre tan bonita, pero tan triste...

— ¿Que quiere, señor Braulio, es mi natural!

— Ya sabría yo hacer que te pasaran las penas, Magda —, y añadió por lo bajo a la nodriza — :

Bueno, yo la dejo encargada de explorar el terreno...
En fin, ya sabe: usted vivirá con nosotros.

— Pierda cuidado, señor Braulio.

— Pues adiós, ¿eh?... Hasta otro rato.

Y el buen muchacho salió con el corazón lleno de confianza.

Oye, Magda — dijo la nodriza, con palabra menos áspera que de costumbre —: sube al cuarto del señorito Nicolás, pon toda la ropa que encuentes en la maleta y la bajas.

— ¿Ahora mismo? — preguntó, sobresaltada, la muchacha.

— Sí, ahora. Porque el señorito se va hoy mismo, después de la fiesta del casino.

Magda, oprimiendo su pecho a punto de estallar de dolor, subió a la habitación que por algún tiempo había ocupado su ídolo.

Sin poder resistir la pena, dió rienda suelta a un torrente de lágrimas.

Al poco rato, cuando ya había cesado el llanto y se sentía aliviada del sopor producido por el desahogo, sintió que alguien estaba a su lado: era la señora Huber.

— ¿Qué tenías, chiquilla? Creo que llorabas...

— No, señora: estaba muy cansada, y sin pensar quedé un poco dormida...

— Pues oye, ahora que estás descansada...

— Diga usted, mamá Huber.

— Braulio, ya sabes que es un buen muchacho,



¡Por piedad... acójame usted... estoy sola en el mundo!...

trabajador, algo tímido, eso sí. Pues bien: me ha venido a contar sus congojas... a rogarme que sirviera de embajadora para contigo... en fin: para decirte que está enamorado de ti, que te quiere por esposa, en una palabra... ¿V tú que dices, Magda?

— Madre... que no pienso casarme todavía.

— Así que rehusas el ofrecimiento...

— ¡Por ahora!...

Y sin decir más se puso a colocar frenéticamente las ropas de Nicolás en la maleta.

La señora Huber se retiró algo amoscada, pero no tendida, en espera de mejor ocasión.

Llegó el momento de la partida de Nicolás.

Magda procuró hacerse el encontradizo con él en el patio, en el momento de disponerse a subir al carruaje.

— Bueno, señorito, que tenga un buen viaje.

— V tá un feliz quedar, amada Magda. Toma, por lo bien que te has portado y lo que has sabido cuidar de mis cosas.

Y así diciendo, se le acercó poniendo en la mano de la muchacha unos billetes de Banco.

Magda, al oprimir convulsivamente la mano del estudiante, sintió algo que le heló las venas.

— ¡No quiero dinero! — dijo tirando al suelo los billetes — ¡No los quiero!

Y una traidora lágrima se deslizó por sus mejillas.

Nicolás comprendió entonces que los servicios románticos de Magda había de pagarlos también románticamente, y quitándose un borito pañuelo de seda lo puso en la mano de la joven, y al mismo tiempo la besó en los labios, subiendo seguidamente al carruaje.

Magda sonrió, y con la mano expresó su gratitud al estudiante, que alegremente retornaba a la capital.

De nuevo se le acercó la nodriza, y con acento burlón le dijo:

— Bien; ahora ya está fuera el señorito. ¿Qué

piensas de lo que te he dicho referente a los deseos de Braulio?

— Digo que por ahora no, no y que no!

— ¿Y te atreves, miserable mendiga — dijo con indignación la señora Huber — a desairar las pretensiones del señor Braulio?

— ¡Lo que le repito que por ahora no!

Esta contestación tan rotunda era debida a que la romántica retribución de Nicolás había sido un destello de luz, un pequeño rayo de esperanza en el corazón de Magda.

— ¡Quizá aun me ama! ¡Quizá mañana puedo ser otra!

Este quizá fué un bálsamo para el espíritu de la soñadora Magda.





III

La esperanza fué el alimento espiritual de la pobre huérfana.

Siguió sorda a los constantes galanteos y delicadezas del incansable adorador.

— Señor Braulio — le había dicho la señora Huber — no se cause usted; yo sé que le querrá... es que es aún una chiquilla.

— ¡Oh, por mí no ha de perderse, señora Huber! Y siguió constantemente su ascenso.

Cierta mañana, como de costumbre, Magda y la señora Huber esperaban la llegada de Braulio de su viaje a la ciudad para saber cosas, pues cuando regresaba traía el carro lleno de noticias... y algún que otro presente para la dueña de sus pensamientos.

La nodriza por pura curiosidad y Magda por si alguna vez podía saber noticias del ser querido.

Aquel día Braulio llegó más presuroso que de costumbre.

— ¡Hay noticia gorda! — gritó desde lejos, y añadió acercándose a Magda — : Toma, eso para ti.

Y le entregó una torta de rico dulce en la alegórica forma de corazón.

Magda la recibió con la misma indiferencia de siempre.

— Bien, venga la noticia — chilló la señora Huber.

— Allá va : Nicolás acabó la carrera y se casa con Judit, aquella rubia de la colonia.

— ¡Qué suerte! — gritó con grandes aspavientos la nodriza —. Ya lo decía yo que el señorito Nicolás tendría suerte.

Magda dejó caer inconscientemente la torta regalada por Braulio y cerró los ojos para no tambalearse.

Su corazón quedó destrozado para siempre.

Braulio, lleno su pensamiento de la misma idea, ni reparó en la actitud de Magda, y le dijo con la alegría de siempre :

— Bueno, a ver qué dices. Decídetes, Magda, y les imitaremos en seguida.

— ¡Sí! — contestó resuelta Magda.

Pero fué un « sí » que engendraba el despecho, la rabia, los celos, de aquel carácter impulsivo y vehemente.

Braulio y la nodriza se abrazaron con efusión, y el muchacho exclamó con alegría :

— ¡Gracias, Magda... te haré feliz! ¿Cuándo quieres que sea la boda?

— Cuando te parezca — contestó ella con indiferencia.

— Pues, mira, dentro tres días. Corre todo de mi cuenta, ¿oyes?, todo.

Los pocos días que faltaban fueron para la desdichada Magda días y horas de tormento. Contemplaba con terror las ropas que para el día de boda le había regalado Braulio.

Y llegó el día tan deseado por Braulio y tan temido de la huérfana.

Como de costumbre en el pueblo, y siendo el señor Braulio hombre de palabra, dispuso que la comitiva que debía acompañarles en la ceremonia de la boda fuese numerosa, espléndida, escogida, retumbante.

Una banda de música del Cuerpo de bomberos rurales precedía a la animada manifestación de alegría, que se dirigió al domicilio de la prometida.

Se oían los primeros sonidos de la música al principio de la calle y Magda no bajaba de su habitación.

La señora Huber, escamada, subió al cuarto de la joven.

— Magda, ¿qué esperas? Vístete al instante.

— Aguarde, mamá Huber. Salgo un instante; voy a la iglesia a cumplir una promesa...

Y sin darle tiempo a replicar se envolvió con un chal y salió presurosamente, escondiéndose de la alegre comitiva, que en aquel momento llegaba al pie de la ventana de su cuarto.

— ¡Venga música, señores! — gritó alborozado el novio, vestido de levita y chistera más o menos encajados en el cuerpo del galán.

Y la música apretó de firme con una marcha estrepitosa.

— «Sal al balcón, sal al balcón» — cantaban con una tonadilla más o menos de *La Alsaciana* los vecinos, y Braulio picaba en los cristales de la ventana de Magda.

Pero la novia no salía... declinaba el horror del agasajo. Mas los buenos vecinos se dieron el gusto de oír una soberbia serenata.

Y mientras Braulio sentía todas las congojas de un chascarrillo, Magda se había dirigido velozmente a la orilla del río, seguida, sin saberlo, por su fiel cabrita blanca. Allí se detuvo unos instantes.

Sus ojos extraviados miraron las aguas de la vertiginosa corriente. La cara lívida, llena de inquietud el alma, se detuvo impulsada por el pensamiento siniestro...

En aquel instante de irresolución tuvo vista por Pablo, el profesor de baile.

El bailarín era jugador de ventaja, que tenía aún más ágiles los dedos que los pies.

Y en la última jugada el contrincante de Pablo apostó su automóvil... que por supuesto «perdió».

Paseaba sin saber qué hacer del cachivache, cuando se dió cuenta de la actitud de la joven junto a la

orilla del río. Pronto comprendió lo que sucedía. La examinó detenidamente.

— Vistiéndola bien — se dijo —. Si ella quisiera... ¿Qué magnífico anzuelo sería!

Resueltamente avanzó, y cogiéndola del brazo la detuvo cuando iba a deslizarse en el agua.

— ¡Joven Magda! ¿Qué va usted a hacer?

— ¡Yo?... nada, nada... — respondió ella azorada.

— ¡Soy el Barón de Pablo!...

— Señor, yo... — balbució la desgraciada huérfana.

El prosiguió:

— ¿Qué enorme tontería va usted a hacer, casándose con un palurdo?...

— Es que yo no quisiera casarme — confesó ella, anegada en un mar de dolorosas impresiones.

— Si usted quisiera... podría ser feliz, rica, una gran mujer...

Y aprovechándose del estado casi inconsciente de la pobre Magda, el canalla describió con vivos colores una futura vida de bienestar y lujo... Con artera y seductora palabra iba infiltrando el veneno de la corrupción en aquel espíritu desorientado.

Al fin ella, vencida, abatida, constató:

— ¿Qué más da! ¡El caso es huir de aquí!

Y él, cogiéndola por la cintura con maléfico aire de triunfo, la condujo al auto recién conquistado...

Aún ella hizo un movimiento de repugnancia, pero al fin cedió abatida.

— ¡Huyamos! — gritó.

El auto partió velozmente, levantando una fuerte polvareda.

En medio de la carratera, la pobre cabrita blanca quedó sola, mirando con tristeza alejarse a su querida amita...

En la ventana de Magda continuaba la serenata...

Pero se hizo tan tarde, tan tarde... y se supo tan pronto la huida de la joven, que el señor Branño acordó despedir a los reuñidos.

Y el buan palurdo se quedó triste y compungido.

¡Compuesto y sin novia!





IV

HORAS CRUELES

Magda, como un autómata, se había dejado conducir, sin voluntad, por el malvado Pablo.

Le convirtió pronto en una muñeca de placer y seducción, bajo su despótico dominio.

Del vicio a las mayores bajezas fué rodando insensiblemente hacia el abismo, sin poder reaccionar. Sin saber cómo ni por qué había llegado a tal situación y seguía sin protesta el camino trazado por la casualidad.

Meses más tarde ella no era más que un pobre instrumento en manos del aventurero.

Y sucedió que cierto anochecer, mientras llovía a cántaros, dentro los amplios salones de una gran mansión señorial, dos hombres sentados en sendas butacas jugaban indolentemente al ajedrez.

Uno era Floris (dueño de la casa y nieto de Otto), hombre con más dinero que penas... los demás.



Floris había observado una actitud de tristeza que no correspondía a Magda.

El otro su íntimo amigo, el marcial Presidente del Tribunal de Guerra de la región.

Terminó la partida venciendo, como era natural, el militar.

Mientras se levantaba disponiéndose para marchar, dijo el comandante Jacques:

— Amigo Floris, de nuevo os he vencido...

— Efectivamente — contestó su interlocutor —, está visto: en el ajedrez decide siempre la cabeza. En cambio la vida está sometida a la ley de los juegos de azar.

— Piensa usted en la casualidad a que debe su fortuna. Claro que si su abuelo no hubiera cogido el ovillo...

— Eso es. ¿Pero cree, acaso, que con la fortuna lo tengo todo? — repuso Floris —. Y añadió: Si no hubiera sido así, quizá sería hoy un criminal...

— Eso no lo digo yo... Pero lo que sí afirmo es que ya es mucho la fortuna.

— Sin embargo, yo creo que es bien poco.

— Bien, amigo, eso son patecres. Pero ahora es tarde para discutir, veo que la lluvia arrecia y debo ir a la Prefectura.

— Hasta mañana, pues, amigo mío.

El comandante salió, embozándose con el cuello del abrigo.

Floris quedó solo y pensativo, sentándose junto a la lumbre de curiosa llama.

— ¡Cuántos infelices sufrirán las inclemencias del

tiempo! — se dijo contemplando cómo chisporroteaban los trozos de leña de sus campos.

Fuera de la suntuosa mansión tenía lugar otra escena.

Un hombre y una bella mujer parecían espiar la puerta del castillo. En cuanto vieron salir al militar, el hombre dió un empujón a su compañera.

— ¡Va es tiempo... a lo dicho! — dijo con tono imperativo.

— No tengo valor... — contestó débilmente la bella mujer.

— ¡Tienes que entrar y hacer lo que te he indicado — repitió él, con fuerza.

Ella obedeció. Empujó la puerta y se halló dentro del espacioso salón donde Floris estaba.

— ¿Quién va? — pregunta levantándose el dueño de la casa.

Perdón, señor... La puerta estaba abierta. No hallé ningún criado...

— ¿Qué queráis? — preguntó con malhumor Floris, al ver a la mujer chorreando agua por todas partes.

— ¡Por caridad... alójeme usted!... ¡Estoy sola en el mundo!

— ¿Sola?

— Sí... Me maltrataba mi esposo injustamente y he huido.

Y mudiendo la acción a la palabra, desabrochóse rápidamente enseñando un hombro espléndido... con una cicatriz.

Aunque nada, era la más elocuente razón para convenir a un hombre.

— ¡Pobrec!., Bien, quédese usted. De un modo u otro se arreglará esto.

Y atrayéndola hacia el fuego para que secara sus ropas repetía :

— Bien, bien, todo se arreglará, señora!

— ¡Oh!, mil gracias, caballero, mil gracias... ¿Cómo podrá pagarle yo tanta bondad?

Y arrodillada junto a la lumbre no cesaba de lanzar exclamaciones de agradecimiento, uniendo a las palabras las actitudes más refinadas y coquetas.

Y se quedó... como señora de la casa en absoluto.

— Magda — solía repetirle Floris —, desde que usted está en esta casa todo respira alegría.

— Cuanta bondad... excesiva bondad, señor Floris. Yo no merezco tanto.

— ¡Oh, sí es muy bondadosa y lo merece...

Insensiblemente Floris sentíase atraído por aquella mujer, ignorando en absoluto quién fuera.

¿Qué le importaba a él? La piedad y esto era suficiente. Pero este sentimiento lo guardaba en el fondo de su corazón.

Pasaron así algunos días, Magda se hallaba en el jardín aspirando el suave perfume de las flores, después del desayuno. Se sentía feliz.

De pronto, el sonido de un tambor la hizo levantar y dirigirse al mirador que daba a la calle.

Un soldado, acompañado de unos cuantos chiqui-

llos y curiosos, se detuvo. Redobló el tambor, y con voz ronca y enfático grito leyó un largo papel :

« Por orden del Ministro de la Guerra se pone en conocimiento de todos los vecinos que :

A causa de los recientes y repetidos atentados a la propiedad, queda la comarca declarada en estado de sitio. El robo será penado con la pena de muerte ».

Magda se estremeció, y entró desasosegada a su habitación.

Floris había observado que una actitud de pesar y de tristeza no había abandonado a la joven desde que entró en el castillo.

Mientras Floris, por la tarde, tocaba como de costumbre el piano, Magda, en un rincón, dió rienda suelta a sus lágrimas. El dándose cuenta paró de tocar y se le acercó para decirle dulcemente :

— Yo quisiera saber el por qué de esa nube de tristeza.

— Nada, Floris, nada... No se preocupe usted de mí... no soy digna...

— Oh, sí, Magda. Confíeme su secreto. Yo compartiré su dolor como un hermano.

Es imposible, Floris... ¡Imposible!

Y no podía arrancar más palabras a la desgraciada.

Floris lo sentía con toda el alma, y lo sentía porque habíase ya acostumbrado a Magda y el solo pensamiento de perderla le horrorizaba.

Llegó la noche, encubridora de los grandes misterios...

Una sombra se deslizaba por la carretera cautelosamente.

Se acercó a los muros de una finca rústica, una de esas paredes hechas con piedras superpuestas y unidas entre sí únicamente con barro.

Levantó una y descubrió un hueco, una verdadera estafeta, propia para criminales.

Hizo una mueca de satisfacción sarcástica, y con mano febril recogió un paquete... unas perlas ricamente engarzadas en oro, unos collares, un tesoro...

Magda lo había dejado poco antes.

— ¡Por fin! — exclamó —. Bien ha tardado esta tontica.

Era Pablo la sombra misteriosa.

Entonces, como contestación, dejó una carta para Magda.

A la mañana siguiente Floris se levantó dispuesto a aclarar el misterio que envolvía a Magda.

Por la noche se había levantado al poco de meterse en cama. Desasosegado se dirigió a la puerta del dormitorio de Magda.

Miró por la cerradura y vio como ella escribía excitada, nerviosa... Lloraba y secaba sus ojos con un fino pañuelo.

— ¿A quién escribirá? — preguntábase — ¿Qué misterio será éste?

Por eso se levantó con ánimo decidido. Pero Magda pareció estar más tranquila que otras veces.

— Magda... yo no puedo sufrir más. ¿Puede saberse a quién escribió usted anoche?

— ¿Yo?... — contestó confusa — A nadie...

Floris no quiso insistir. Vió que era inútil su empeño. Ella se despidió de él diciéndole:

— Floris, voy a dar un pasco hasta la hora del almuerzo.

— Vaya, vaya, Magda... está usted en su casa...

Floris vió una ocasión para su plan de esclarecimiento del misterio.

Subió al dormitorio de la muchacha y comenzó a registrar muebles y armarios.

Los celos, pues celos tenía de que Magda pudiera corresponder a otros amores, aunque él jamás le había declarado la pasión que sentía.

Pieza por pieza de Magda fué examinada nerviosamente.

De pronto cayó un papel. Floris lo recogió pasando ávidamente sus ojos por el contenido. Quedó paralizado de estupor y se restregó la vista, no creyendo lo que leía...

«¿Qué pasa, Magdalena? Transcurre el tiempo y nada... ¿Es que tienes miedo? ¡Animo! — P.»

Creyó comprender y no quiso. Prosiguió en su examen, aumentando su estupor.

— ¡Unas ganzáas!... ¿Qué es eso?... ¡El cofrecillo de las joyas vacío!...

El misterio estaba aclarado. Aquella mujer de tan bello rostro, tan simpática, de mirada dulce y atractiva era una vampiresa, una infame aventurera.

— ¡Oh, no se burlarán de mí tan fácilmente esos infames! — exclamó Floris con indignación —: ¡Magda, mi Magda, tú me has traicionado! ¿Es posible?

Agitado se paseó unos momentos por la estancia. ¿Qué hacer?

Recordó entonces a su amigo el comandante Jacques.

Y sin detenerse más se dirigió a la Comisaría general de guerra.

— ¿Usted por aquí, Floris? ¿Qué le sucede? ¿Hace usted una cara!...

— Sí. Me sucede una cosa terrible, amigo mío, terrible.

— Hable usted, hable usted...

— Mi amiga Magda, ¿la conocía, verdad?

— ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

— Peor... peor aún, Jacques... ¡Es una ladrona, me ha robado mis joyas... está en combinación con otro canalla!

— Bien, señor Floris. Sabrá usted que en las actuales circunstancias el robo se castiga en esta región con la pena de muerte, en consejo sumatísimo.

Floris, ante esta explicación quedó perplejo. ¿Magda en el patíbulo!... ¡Ah, no, eso era horrible!

— Señor Juez, ¿no sería posible dejar un tiempo para solucionar si queda firme o no mi denuncia?

— ¿Es que no quiere que se la juzgue?

— Es un sufrimiento terrible, amigo. Yo no sé qué hacer...

— Pues bien; por tratarse de mi amigo le concedo que reflexione un par de horas.

— Gracias — contestó con cierta alegría Floris.

— Espero, pues, hasta las doce. Y no haré nada si usted me mandó el siguiente aviso: «Por ahora no hay pesca».

— Entendidos, entendidos.

Floris volvió al castillo sintiendo un gran pesar. ¿Por qué había delatado a Magda?

Y paseó de nuevo, luchando con su corazón y su inteligencia.

Era una lucha dolorosísima. De una parte el apego a las riquezas, de otro el afecto que hacia Magda sentía cada vez más irresistible.

Y los minutos, en tanto, transcurrían velozmente y sin que se diera cuenta Floris de la hora terrible...

Magda, al salir del castillo de Floris se dirigió temblorosa hacia el camino del pueblo.

Mientras andaba pensativa y triste, unos mozaletes pasaron a su lado, alegres como pájaros.

— Buenos días, señora Magda — la saludaron

afectuosos, como tenían por costumbre todos los días al verla pasar.

— Buenos días, pequeños.

Pero no añadió otra palabra afectuosa como otras veces.

Los niños se quedaron mirando unos a otros, extrañados. ¡Era tan amable ella siempre y añadía unas peladillas a sus palabras cariñosas!... ¿Qué le debía suceder?

Y quedaron fijos los ojos viéndola alejarse presurosamente. En el camino Magda se repetía:

— He sido una infame... Yo no debía portarme así con Floris...

Y sus ojos sentían humedecerse muy a su pesar.

Llegó junto a la piedra misteriosa. Con la mano trémula la levantó. ¡Al menos pudiera deshacerse de Pablo!...

Sus manos temblaron al abrir el pliego y quedó anonadada al leer:

«Querida Magda: No te preocupes de mí y procura divertirme mucho de aquí en adelante. Adiós y que seas feliz. TUYO, PABLO».

Lo cual, leído en su sentido verdadero, quería decir: «Magda: Arréglate sola; ya tengo lo que quería. Si tienes quebraderos de cabeza, pásatelos. — PABLO».

De momento quiso huir para siempre de aquella comarca. Luego creyó que quizá Floris, explicándole la verdad, la perdonaría.

— Sí. Iré al castillo, y postrada a sus plantas le diré todo lo desgraciada que he sido.

Y con paso lento volvió a la mansión de su protector. Pero cuanto más se acercaba, más sentíase desfallecer.

Al pasar junto al reloj de la villa tocaban las doce campanadas del medio día. Sin sospechar por qué se estremeció.

Floris entretanto seguía su lucha terrible. Llamaron a la puerta... Se acababa de decidir.

Dos soldados, arma al brazo, penetraron en el gran salón. En aquel momento acababa de decir a su criado:

— ¡Vaya al Tribunal, que por ahora no hay pesca! ».

Y el criado salió en el momento en que los soldados entraron por otra puerta.

— ¿Es usted el señor Floris?

— El mismo. ¿A qué vienen ustedes?

— A que nos sea entregada una señora.

— Pero... ¿no saben ustedes que por ahora no hay pesca? ».

— Nosotros no entendemos de pesca... Tenemos orden de detener a Magdalena Gal.

Al oír este apellido Floris quedó aún más sorprendido y decidió salvar a Magda con más empeño. «Gal... su mismo apellido!

— Esta señora no está ya en casa...

— ¿Cómo no está en casa? — preguntó un soldado.

Pero no hubo lugar a réplica, porque una voz débil y femenil contestó :

— ¡Estoy a sus órdenes!

Y pálida y demudada se presentó Magdalena.

— Pero ¿qué hacéis, Magda?

— Es inevitable, Floris... Es el fin de mi misterio.

Floris no supo moverse ni un solo paso ni articular palabra.

En silencio vió alejarse a Magda, en medio de los dos soldados.

Llegó a la puerta del castillo y no tuvo valor para gritar.

Magda, con los ojos arrasados, volvió la cabeza, cruzando su vista con la de Floris.

Y siguió triste su camino de tortura.

Ni malos ni buenos, aquellos dos seres sentían sobre sí el peso del destino... Era la calidad del hilo con que las brujas tejieron la existencia de ambos...



V

HEBRA DE ORO : NUDO DE HORCA

Magda, resignadamente, se dejó conducir ante el Presidente del Tribunal de Guerra.

El comandante Jacques le dirigió una mirada entre compasiva y despreciativa.

— Magda, ¿pero cómo ha sido eso?

— Qué sé yo, señor Presidente...

Este empezó su interrogatorio :

— ¿Su nombre y apellidos?

— Magdalena Gral.

— ¿Así es pariente de Floris?

— Lo ignoro. Sólo sé que quedé huérfana al nacer, que fui recogida por mi nodriza, que me explotaba trabajando ; que fui burlada en mi primera ilusión del corazón, y en un momento de inconsciencia y desesperación un vil capalla se adueñó de mí...

— ¿Quién es ese sujeto?

Solo sé que se llama Pablo... que primero me exhibió en todos los antros de placer, lujo y corrupción y que él engañaba vilmente a los jugadores...

— ¿Pero por qué no lo denunciaba usted?

— Yo no tenía valor ni para denunciarlo a las víctimas ni a la justicia... Temía su venganza. Se había apoderado de mi voluntad y yo no era más que su instrumento...

— ¿Y cómo plantearon el robo?

— Cierta noche yo quise resistirme, pero él, a pesar de mis protestas, me obligó a cometer un robo...

— ¿En dónde?

— En un café, que yo no conocía ni supe cómo se llamaba. Luego él me dijo: Mira, Magda: si me sale bien un proyecto que tengo, nos apartaremos de esta vida peligrosa. Pero, perseguidos, tuvimos que dejar la capital, huyendo de la justicia, y llegamos aquí.

— Entonces...

— Me obligó a entrar a viva fuerza, amenazándome diariamente porque yo me resistía a cometer el delito... Al fin no tuve más remedio.

— Así, ¿se confiesa autora del delito? — preguntó severamente el militar.

— ¿A qué negarlo? ¡Es la fatalidad!

— Conduzcasla al calabozo — ordenó el juez. Y sin compasión ni miramiento fué conducida a la lobreguez de la cárcel.

Al alejarse Magda no reparó en que le caía el billete de despedida de Pablo, ni tampoco, de momento, se apercebió Floris de ello.

Cuando el desgraciado descendiente de Otto Graf entró triste y apesadumbrado en el salón, vió en el suelo el papel y lo recogió presurosamente, nublandose aún más su vista a medida que las palabras eran deletreadas con avidez.

La despedida de Pablo le descubrió el secreto completamente de la vida azarosa de la desdichada Magda.

Una tempestad de sentimientos contrarios se levantó en su espíritu. Por una parte la consideración de que Magda no dejaba de ser una mujer perdida y por otra, una sospecha terrible al anunciarle el apellido igual al suyo... Y sobre todas las consideraciones, pesaba el sentimiento de amor que se había illesperado fuertemente en su corazón y le torturó durante breves, pero trágicos momentos.

Al fin pudiendo más el corazón que el cerebro del hombre egoísta y apegado a las riquezas, corrió desesperado al despacho del Presidente del Tribunal de Guerra.

Entró en el preciso momento en que Magda acababa de hacer su triste, pero aterradora y acusadora confesión.

Sus miradas se cruzaron por un momento, hablándose con la muda elocuencia de las situaciones en que las almas sienten la necesidad de un mutuo apoyo.

Floris se echó en brazos de su buen amigo, el comandante, y con acento conmovedor exclamó:

— ¡Por el cielo, déjela en libertad!... ¡Yo la perdono.

— Es ya imposible, amigo mío. El sumario está hecho y la causa es pública.

— ¡Es que soy el interesado y no quiero que se la condenen!... No lo quiero, comandante... ¡Oye? ¡Es que yo no lo quiero! — añadía retorciéndose las manos.

— Lo siento como usted mismo, amigo mío, pero la ley es ley... En cuanto la denuncia se ha cursado y el sumario ha quedado abierto, el denunciante no tiene, en estos casos, más que conformarse con la actuación de la justicia.

— ¡Pero... es que ella es inocente!...

— No, Floris; desgraciadamente ella misma ha confesado su delito.

— No es posible. — añadió Floris haciendo el último esfuerzo.

— Vámonos, amigo mío... Cálmese usted... Ya veremos de arreglar lo mejor posible este asunto.

Pero convencido de que ya no había nada a hacer y por otra parte comprendiendo cuán interesado estaba ya su corazón, llegó a maldecir a sus ante-



Fabio la había dominado siempre a su capricho.

pasados, que a él y a Magda habían colocado en tan lamentable situación.

Salió abatido del local del Tribunal, y sin ánimo para más se dirigió al palacio.

Allí las paredes parecíanle más sombrías, y en su desesperación figurábasele a Magda en el suplicio.

Y la bella Magda, al anochecer, compareció ante el rígido Tribunal de Guerra.

El comandante Jacques presidía con aire indiferente, aunque en verdad sentía con toda el alma tener que condenar a tan bella como desgraciada mujer.

Ella, aunque abatida, no dejó de presentarse con cierta serenidad, contestando con sequedad cuantas preguntas le fueron dirigidas.

— Confiesa la acusada su delito? — preguntó el Fiscal.

— Lo confieso — contestó Magda.

— ¿Sabe dónde puede hallarse el titulado Barón Pablo?

— Lo ignoro en absoluto. Sólo sé que después de obligarme con amenazas a que realizara el delito, me escribió una carta abandonándome.

— ¿Tiene usted la carta?

— La perdí en el momento que me di presa... quizá en casa del señor Floris.

— ¿Puede asegurar este extremo de su declaración?

— No puedo asegurarlo. Sólo sé que perdí la carta antes de ser detenida.

— Es que esta carta podría salvarla a usted — dijo el Presidente.

— Poco me importa salvarme o no.

— ¿Sabe usted a la pena que se le condena?

— La muerte... ya lo supongo. Pero poco la temo.

— ¿Qué más da morir, si debiera vivir sin honor ni sin amor puro! Es mi destino. — Cúmplase, pues, la ley en mí.

Los del Tribunal se miraron apesadumbrados; pero no duró el titubeo mucho rato: la obligación y el deber ante todo.

— ¡Cúmplase, pues la ley! — añadió con firmeza el Fiscal —. ¿Tiene la palabra el Tribunal!

Entonces el Presidente se levantó, cubrióse con su sombrero de plumas, y sin pronunciar palabra rompió entre sus manos temblorosas una barrita de cristal.

Aquella simbólica acción decretaba la terrible sentencia de muerte.

Magda dejóse caer en brazos de los dos soldados que la custodiaban.

De nuevo fué conducida al calabozo, donde quedó sumida en un letargo profundo.

La fantasía de Magda rompió los muros de la tétrica celda.

Con alegría vió pasar ante sus ojos la vida que podía haber tenido si la suerte la hubiera favorecido.

Vió a Nicolás junto a ella... eran felices... unos niños jugueteaban a su alrededor... Pablo ni tan siquiera se llegaba a distinguir entre el confuso tropel de ideas de felicidad, y Magda sonrió plácidamente...

Pero la realidad era muy otra. Unos golpes secos, unos martillazos dados en el patio de la cárcel, la hicieron volver sobre su situación.

Se asomó a la reja. A la luz de una tea, unos obreros daban los últimos retoques a la tétrica obra del cadalso.

Magda lanzó un grito desgarrador y cayó al suelo sin sentido.

Floris no pudo, por su parte, conciliar el sueño aquella noche.

Poco rato antes de cenar, un soldado le entregó una misiva del comandante.

Decíale su compañero : « Amigo Floris : Usted quería presenciar una ejecución, y mañana, a las cuatro de la madrugada, tiene ocasión de ello ».

— Iré — se dijo Floris — . Y si es preciso a viva fuerza la arrancaré de manos del verdugo...

Pero el insensato, en el delirio de su desesperación, no veía cuán imposible era su propósito.

Y amaneció. Floris se puso en camino de la cárcel.

Su corazón latía con fuerza, sentía oprimidas fuertemente sus sienes y todo su cuerpo ardía.

Al entrar, su amigo el Presidente le aguardaba.

— ¡Atimo, Floris!... ¡Si queréis ver la ejecución llegáis al tiempo justo!

— ¡Es que yo quiero que viva! — exclamó frenético.

— ¡No seáis así... es la ley y no es posible hacer ya nada... conformaos!

— No puedo, no puedo, amigo Jacques...

— Pues bien : así no permitiré que presenciéis la ejecución.

— ¡Oh, sí, al menos dejádmela ver por última vez! En aquel instante redobló un tambor, con sonido funerario.

— ¡Vamos, amigo, tened valor!

El Juez, los dos vecinos y los del Tribunal se dirigieron al patio.

A la fatídica luz de una antorcha podía distinguirse un asiento de madera sobre un tablado... Floris tembló y no pudo avanzar un paso.

El tambor siguió recoblando... Se abrió una puerta.

Pálida, pero serena, avanzó Magda acompañada de dos soldados y un carcelero.

Vió en el lindero de la puerta a Floris, que la miraba con muestras de desesperación.

Puso el pie en el primer peldaño de la escalera fatal...

— ¡Magdalena! — gritó Floris con acento desgarrador.

.....

Al llegar a este punto las implacables hiladoras del destino...

— ¡Alto! — gritó la más vieja — . Hay que hilar de nuevo la vida de esta muchacha...

Y es que todo había tenido lugar en las regiones fantásticas del cerebro de la abuela, señora Cud.

La anciana, horrorizada por las vicisitudes presentidas por los descendientes del dulce nietecito Franz, le cogió atrayéndole a su seno, diciéndole :

— No, no... Sería monstruoso... A ti, Franz, aunque no hayas cogido el ovillo, te dejaré mi fortuna.

Otto siguió su juego sin comprender nada de lo que sucedía. Franz al oír la exclamación de su abuela preguntóla :

— Abuelita, ¿es que ahora seré feliz?

— Sí, hijo mío. eres digno de serlo.



SEGUNDA JORNADA

VI

LA VIDA NUEVA

Naturalmente, con hilo de oro la existencia se teje de otra forma.

Y como la señora de Gral había ya con su fantasía creado la existencia de Magdalena, dejó correr de nuevo su imaginación, hilvanando unos capítulos de la vida nueva de Magdalena Gral.

Cambió los papeles pero no las circunstancias, combinando con ello la novela de Magda afortunada y de Floris desgraciado y miserable.

Y la imaginación corrió...

La señora Huber, al presentarse en la Casa de Huérfanos quedó maravillada al ver la riqueza de los pañales con que estaba envuelta una bellísima niña.

— Es una huerfanita que parece un ángel — le dijo el mismo funcionario encargado de Administración.

— Qué gusto tendré en alimentarla en mi casa — dijo chispeándole los ojos de codicia la señora Huber.

— No, señora Huber; la quiero educar yo mismo. Sólo necesito una mujer que la cuide.

— ¿Pero es que se la queda en casa? ¿Ya podrá mantenerla?

— Ya lo creo... Esta pequeña se mantiene sola.

— ¡Ah!, ya comprendo ahora — dijo maliciosamente la nodriza.

El empleado quiso disimular:

— No es por la fortuna que tiene... Pero es tan monina... Fijese, su llanto parece un acorde de viola.

— Es verdad, es verdad. Así, pues...

— Que usted cuidará de ella bajo mi dirección.

— ¿En casa de usted? — insistió la nodriza.

— No... sino en la casa propia de la pequeña: La finca de Gral — añadió con misterio.

— ¿Cómo! — exclamó con admiración la señora Huber — ¿Es que?..

— Muy sencillo. Es la afortunada nieta de Franz, el afortunado heredero de los Gral. Han muerto, como sabéis, sus padres; y como no hay otra familia del desgraciado Otto, que quedó desheredado por ser el más feo y rebelde, y cuyo paradero se ignora, aunque malas lenguas aseguran que es una familia

de truhanes, la ley dispone que se encargue un funcionario de esta casa de su tutoría.

— ¿Así yo participaré de esta misión con usted?

— Claro está. Debemos procurar que nadie se apodere de su fortuna, en conciencia, jeso sí!, y de paso nosotros salimos de miserias.

— Bien, bien; desde ahora la quiero como a una hija.

— Y yo como un padre.

V se instalaron en el palacio de Gral, en la ciudad, cuidando mimosamente de la pequeña y afortunada dueña del castillo y de la inmensa fortuna.

La señora Huber y el señor Jim, pues con este nombre conoceremos al administrador de la Casa de Huérfanos, cuidaron esmeradamente de la formación de la niña durante su infancia.

Y la niña se convirtió en una bella y adorable joven, llena de encantos y de bondad de corazón.

A través de los años, la juventud de Magdalena transcurría alegre y dichosa.

Los tutores no repararon en medios — claro está que cobrándose sus intereses crecidos — en hacer que no faltara ninguna diversión ni conocimiento a la heredera.

La educación para la sociedad, donde no dudaban había de brillar espléndidamente.

Procuráronle un profesor de baile, y embelesados contemplaban cómo aprendía a bailar bajo su dirección.

Este profesor de baile, como el de la otra vida, debía llamarse Pablo...

Una mañana, Magdalena se paseaba por el jardín de su casa.

Junto a la verja se detuvo contemplativo un joven de aspecto simpático y soñador.

Sin querer los ojos de los jóvenes tropezaron, produciendo un choque violento que repercutió en el corazón de ambos.

Magdalena corrió presurosa a preguntar a su nodriza.

— Señora Huber; usted que conoce a todo el pueblo, ¿sabe, por casualidad, quién es aquel joven que acaba de cruzar por la puerta del jardín?

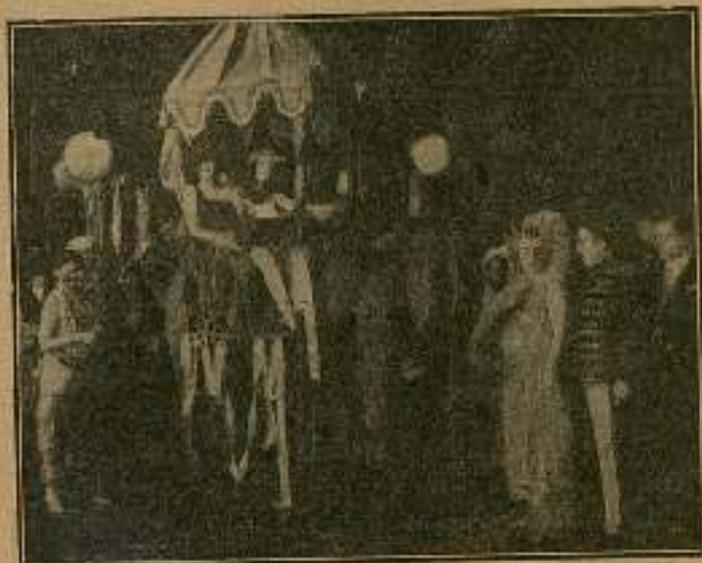
— Ah, sí! Es Nicolás, el estudiante que me ha alquilado una habitación en la casa vieja — contestó la nodriza con indiferencia pedante.

— Parece un chico muy simpático — insinuó Magdalena.

— Sí, lo es, y de talento. Lástima que no sea rico; podrían hacer un buen partido.

— ¿Y qué importa que sea pobre? ¿Acaso no es digno de ser amado? — arguyó Magdalena con viveza.

— Sí, tiene usted razón, hija mía; pero lo lastimoso es que se ha enamorado y flirta con una joven sin otro tesoro que su belleza y su coquetería.



Exhibición en los centros de lujo y de placer... luego...

— ¿Está prometido ya? — preguntó la joven con cierto dejo de contrariedad.

— Verá... Como prometido formalmente, no; pero corteja.

— ¡Ah, ya! Bueno, si usted les conoce puede invitarles a que vengan el día de mi cumpleaños.

— Se lo diré. (No harían mala pareja, se dijo la señora Huber.)

Y Magdalena procuró dos o tres veces encontrarse con el estudiante, limitándose a cambiar ambos un afectuoso saludo.



VII

Llegó el día deseado por Magdalena.

Su cumpleaños se celebraba con una fiesta esplendente.

Los jardines estaban llenos a rebosar. Podía afirmarse que toda la población, de la que por sus bondades y caridades era queridísima Magdalena, asistía alborozada a la fiesta.

La señora Huber cumplió las indicaciones de su prohijada, invitando al estudiante y a su novia.

Tengo el honor de presentarle — dijo a Magdalena — al joven Nicolás Roberts, y a su novia... señorita Judit.

— Señorita, tengo sumo placer en ser presentado a usted. En cuanto a mi amiguita Judit, creo es una precipitación de la señora Huber... somos únicamente primos hermanos, ¿verdad, Judit?

— ¡Eso es! — dijo con aire de contrariedad la bella joven.

— Tengo mucho gusto en conocerles a ustedes.

— contestó Magdalena, no sin darse cuenta de la

excusa significativa del estudiante; por ello tuvo una interna satisfacción... creyó a Nicolás.

Llegó la hora del banquete, y al descorcharse el champaña, un viejo de canosa barba, el alcalde del pueblo, se creyó en el deber de dirigir la palabra a los concurrentes...

Ignórase qué clase de palabras debió pronunciar el orador, porque no llegaron a ser oídas más que de los que estaban junto a él; pero es el caso que entre carcajadas y aplausos no le dejaron terminar.

Y luego se levantaron todos, empezando la fiesta con toda su fuerza, bajo la dirección de Pablo.

Llegó el baile, y Magda fué requerida por Nicolás para una danza, aceptando ella gustosamente. Y de una otra y otra...

Los dos jóvenes fueron compenetrándose y queriéndose.

En tanto Judit se moría de envidia y de celos, sin que Nicolás se acordara de ella.

En un descanso Judit se aprovechó de que un oficial se dirigía a Magdalena, invitándola al baile, y se acercó a Nicolás.

— ¿Puedes venir un momento?

Y le condujo a un extremo del jardín.

— ¿Qué quieres?

— ¿Se puede saber por qué me dejas sola toda la tarde?

— Res que... debo hacer los cumplidos a la dueña de la casa...

— Creo que lo que estás haciendo es algo más que cumplidos...

— Pero, Judit, no te pongas tonta.

— No, si el que se pone tonto eres tú... ¡Si tendrá el chico pretensiones! — añadió con ironía.

— Bien; ahora estás nerviosa... ya discutiremos otro rato.

— No. Para mí termina la discusión y todo entre nosotros — y se alejó sabiendo.

Nicolás hizo un gesto de indiferencia y se acercó de nuevo a Magdalena, que aceptaba gustosa su compañía y su conversación.

En cambio no prestaba atención a las palabras del oficial, pegajoso y antipático.

La música dió de nuevo sus notas al aire y Nicolás hizo ademán de invitar a Magdalena.

— Perdón, joven... En este instante la señorita desca bailar conmigo — dijo el oficial groseramente levantando a Magdalena, que se vió precisada a acceder ante la actitud del bravucón.

Nicolás calló, pero le dirigió una terrible mirada.

Magdalena, simulando cansancio, dejó a su pareja antes de terminar el baile, y se sentó para oír complacida las palabras dulces de Nicolás.

El oficial se acercó a éste, y con disimulo le iba golpeando con la punta de la vaina.

Nicolás, de momento, lo disimuló; pero llegó a tal grado la canallasca actitud del oficial, que no pudiendo aguantar más le increpó:

— ¡Es usted un impertinente!

— ¡Y usted un cobarde! — contestó con fanfarronería el oficial.

Nicolás, sin detenerse en consideraciones, soltó en las mejillas de provocador una sonora bofetada.

El agredido quiso sacar el sable, pero los presentes intervinieron, sujetando a los dos contendientes.

Cuando los hubieron separado y de momento parecía el oficial haberse serenado, se acercó a Nicolás.

— Joven... Si es hombre le espero detrás de los jardines.

— Allá voy — respondió el estudiante.

Y procurando no ser vistos de los reunidos se dirigieron con dos amigos al lugar señalado.

Sin casi decirse una palabra, otro militar prestó su sable al joven provocado. Se pusieron en guardia.

La lucha fué desesperada y desigual como es de suponer, pues el pobre estudiante no tenía más que nociones y aun rudimentarias de esgrima, ni tenía el coraje del militar, mientras que éste, espadachín de oficio, provocador y matón y además lleno de odio hijo de la vergüenza sufrida, tenía una abrumadora superioridad contra su adversario.

Y sucedió lo que era de esperar. Al poco rato, de un mandoble en la cabeza, el desdichado Nicolás caía bañado en sangre, aunque no muerto.

Una vez más quedó patente que el duelo ni es de hombres de honor, ni lava sus manchas, ni justifica razón alguna, ni el ser vencido es señal de tener

culpa, ni el ser vencedor ser más caballero; en fin, sólo se adujo una prueba más demostrativa de la injusticia e inmoralidad de esta farsa admitida por la hipócrita y mal llamada alta sociedad.

Al poco rato, el tutor de Magdalena se le acercó, diciéndole en voz baja :

— ¿Nicolás está herido!

— ¿Quién le ha herido? — preguntó Magdalena, aunque supuso lo sucedido.

— El oficial.

— Ya lo supuse. Hace rato que noté la ausencia de los dos.

— Así es que os fijáis en el estudiante...

— Claro... después de lo sucedido...

— ¿Sólo por esto, Magdalena?...

— ¿Por qué ha de ser más? — repuso ella, para disimular.

— ¡Oh, nada!... Es una sencilla curiosidad — contestó el tutor sonriendo.

— Maliciosillo... ¿Y dónde han conducido al pobre joven?

— Al cuarto de la casa donde se hospeda.

— Bien, bien. Continuemos la fiesta en paz.

Y siguieron los festejos como si tal cosa. Pero Magdalena, a pesar de sus esfuerzos, no podía disimular su inquietud.

— Señora Huber — dijo acercándose disimuladamente —. ¿Sabe si la herida del estudiante es de gravedad?



...y embobados contemplaban cómo aprendía a bailar

— Creo que no. Acabo de saber noticias de su estado, pues supuse que a usted le interesarían seguramente... Además, la prima del señorito también estaba inquieta.

— ¿Pero está segura de que es su prima?

— Yo creo que Nicolás no tendría interés en engañarnos. Fui yo que me equivoqué.

— Entonces Nicolás no tendrá compromiso, ¿verdad? — dijo sin disimular su satisfacción.

— Yo no sé, señorita, yo no sé... no me he preocupado en averiguarlo.

Cuando después de la fiesta quedó Magdalena sola sintió una extraña sensación de frialdad hacia todo cuanto la rodeaba.

En toda la noche no se le apartó la imagen del estudiante.

Muy temprano del siguiente día Magdalena dijo a sus tutores:

— Voy a dar un paseo por las afueras de la población.

— ¿Sin que la acompañe nadie, señorita?

— No. Hoy quédense ustedes: hay mucho trabajo en ordenar la casa.

— Bueno; como quiera, señorita. Procure no alejarse demasiado.

— No pase cuidado, señora Huber.

Agil y decidida, salió de su casa en dirección a la entrada de la villa.

Se detuvo indecisa en el umbral de la puerta de la vieja casona de la señora Huber.

Miró si alguien la veía, y con un gesto que denotaba haber dudado unos instantes penetró en la casa, cuya puerta estaba entornada.

Reinaba un gran silencio, denotando que allí no había quien cuidara de la casa, que la hizo sobrecoger. Pero siguió adelante, nerviosa.

Al llegar frente una puerta del piso, oyó como un gemido... Aquella debía ser la habitación.

— ¿Se puede? — preguntó temblorosa.

— Adelante quien sea — contestó una voz varonil, pero débil.

— ¿Cómo se encuentra, Nicolás? — dijo la joven penetrando tímidamente en la estancia.

— ¡Ah!... Pero... ¿es usted, señorita Magdalena? — exclamó asombrado el estudiante, mientras sus ojos chispeaban de felicidad.

— ¿Y qué es de extrañar? ¿Acaso no tengo yo la culpa del percance?...

— Por Dios, Magdalena, no diga usted eso; el único culpable soy yo por haberme creído con más derecho a su amable compañía que el bizarro capitán. Al fin, yo...

— Calle, amigo mío, no me nombre al pegajoso y antipático bravucón — contestó con energía Magdalena.

— Yo quizá me propasé y la perjudiqué a usted...
Perdóneme en tal caso.

— Vaya, Nicolás, no hay de qué perdonarle ; la
única culpable soy yo... Pero no discutamos ; usted
necesita descanso... Me voy, es demasiado tarde.

— ¡Oh, no!... No se marche aún, señorita...

— Debo partir porque usted debe reposar ; su
herida se agravaría.

— Al contrario, Magdalena — insistió supli-
cante.

— Siendo así, me quedaré un rato más ; pero no
hable, eso le perjudicaría.

— ¡Qué gran alegría!... ¿Se queda usted? Es un
remedio para mi mal.

— No exagere, Nicolás — dijo ella sintiendo que
su corazón latía con violencia —. Si sigue por este
camino tardará en curarse.

— Tiene razón ; la herida que tengo tardará en
curarse o no se curará más... porque la tengo en el
corazón.

— Vamos, no diga esas cosas ; si no, veo que de
veros tendré que marchar.

— Tiene razón. Un pobre estudiante no puede
llegar a usted, Magda, como no sea para sacar brillo
a sus zapatos...

— No diga eso ; yo le suplico que me trate como
si fuera la muchacha más humilde del pueblo.

Este y otros coloquios por el estilo tuvieron lugar
entre los dos jóvenes.

Un día el entusiasmo del diálogo adquirió en un
banco del jardín proporciones mayores.

— Ya no es posible disimular más, Magdalena,
es mi amor demasiado fuerte : o déjeme, o diga que
será mía.

— ¡Locuco!... ¿dejarte yo? ¿Acaso no has leído en
mis ojos, desde el primer día, que era el amor quien
me acercaba a ti?

— ¿Será posible, dulce amiga, tanta ventura?

— ¿Por qué no?

V sin más razón, los labios de los enamorados se
encontraron... se unieron y gustaron las primicias
del amor más intenso.

Al poco tiempo el pueblo estaba nuevamente de
fiesta.

Nicolás y Magdalena formaban una pareja ideal.
Salieron de la iglesia entre una nube de flores y
conjetsá y las aclamaciones de la muchedumbre.

Subieron, triunfante Nicolás y radiante de alegría
Magdalena, en el automóvil, siendo acompañados
por la gente y la música hasta las afueras de la po-
blación en medio de la mayor algarabía.

Y felices completamente, unidos en indisoluble lazo,
emprendieron su viaje de novios.





VIII

Magdalena quiso pasar su luna de miel en el viejo castillo de sus antepasados.

Allí se estableció la feliz pareja, dispuesta a que su estancia fuera tan larga como venturosa.

Pablo, el profesor de baile, que con sus solicitudes se había captado las simpatías de los novios, fué nombrado mayordomo mayor, idea que hacía tiempo perseguía el astuto jugador de ventaja.

Y cuando en una ocasión Magdalena se disponía a guardar uno de sus collares de perlas en un pequeño cofrecito que estaba escondido entre los volúmenes de una librería, la señora Huber descubrió algo que le dió mala espina.

Un pequeño detalle la puso sobre aviso. Se dió cuenta de que, con gran disimulo, el mayordomo Pablo vigilaba a la señorita, poniendo en su cara una satisfacción especial: unos rasgos indudables de codicia, de envidia, se dibujaron en la fisonomía del



Idi prima Judit, a quien ya conoces...

ex profesor de piano. La señora Huber descubrió el fondo perverso del mayordomo, y aunque calló su descubrimiento, se prometió estar sobre aviso.

A los pocos días de establecidos en el castillo, Nicolás tuvo una desagradable sorpresa.

Llamaron a la puerta y casualmente fué él mismo quien se dirigió a abrirla. ¡Bia Judit!

— ¿Qué osadía es ésta? — preguntó asombrado.

— ¿Te extraño verme aquí? ¿Crees que puedo olvidar tan fácilmente como tú?

Efectivamente, la coqueta Judit no se había podido resignar a que le arrebataran el novio y se había dirigido allí dispuesta a todo.

— ¡Y qué pretendes, Judit? — preguntó alarmado Nicolás.

— ¿No me hiciste pasar por tu prima?... Pues como a tal vengo a pasar unos días a tu lado.

— Pero eso...

— No hay que replicar, bobo, y... disimula. Aquí viene tu afortunada esposa — añadió imperiosamente en voz baja.

No había tiempo que perder en dilaciones. Magdalena se acercaba y su esposo no tuvo más remedio que hacer la presentación.

— Magdalena, mi prima Judit, a quien ya conoces, ha venido a darnos una sorpresa.

— ¡Oh, cuánto lo celebro, apreciada Judit, que te hayas acordado de nosotros! — exclamó sinceramente Magdalena, creyendo inocentemente las palabras de Nicolás.

— Querida Magdalena, mi primo Nicolás ha sido siempre muy bueno para mí y mi familia, y verdaderamente sentíamos no saber nada de él y de ti; por supuesto, sabemos que le haces feliz — dijo la atrevida intrusa.

— Pues te quedarás unos días para ser testigo de nuestra felicidad, ¿verdad, Judit?

— ¡Oh, cuánto agradezco tu invitación! Con mucho gusto.

En verdad, estas palabras no podían ser dichas con más sinceridad: era lo que Judit deseaba.

Nicolás quedó como quien ve visiones. ¿Qué se proponía aquella mujer?

La intrusa se quedó, pues, en la casa, sin ninguna satisfacción por parte de la señora Huber, que entre lo que había descubierto en Pablo y lo que preveía entonces, quedó más escamada que un gato al que le muerde un perro.

Magdalena, no sospechando nada, permitía toda clase de franquezas y confianzas a la coqueta, la que poco a poco volvía a tender las redes alrededor de Nicolás...

Casi todas las noches, con sobresalto de la señora Huber, el mayordomo salía de paseo, paseo que era un misterio para los de la casa, pero que le toleraban con excesiva benevolencia.

En las proximidades del castillo existía un antro donde Pablo se divertía explotando al prójimo incauto con sus artimañas.

Una noche, cuando la «suerte» favorecía como nunca al aprovechado jugador, un sujeto de mala catadura se hallaba presenciando cómo Pablo lucía sus «cualidades»...

Este sujeto hizo una mueca de satisfacción; era sin duda un testigo de vista peligroso.

Cuando Pablo, repleto con lo expoliado a los otros, se retiró, notó que alguien le seguía los pasos; pero taimado como él solo hizo como si no se diera cuenta de ello. Y al llegar a una revuelta de la calle solitaria, el seguidor se le echó encima. Mas como estaba preparado, con una llave esquivó la acometida, y sujetando al agresor le dijo con la mayor sangre fría:

— Compañero, os habéis equivocado.

— No me detenga usted — gritó el pobre diablo.

— Calla, tunante. En estos botones adivino tu profesión... Eres un criado muy aprovechable y que no debe convertirse en un atracador vulgar.

— Por qué dice usted esto? Yo no trabajo ahora...

— Déjate de monsergas. Si quieres tengo para ti una espléndida colocación, un buen negocio...

Y aquel desdichado, preso ya en la garra del acanallado Pablo, contestó completamente dominado:

— Bien, lo que usted quiera.

— ¿Cómo te llamas? — preguntóle Pablo.

— Floris.

— Bueno: mañana ven a verme al castillo de Graj.

Gracias a los buenos oficios del mayordomo, entró al siguiente día un nuevo ayuda de cámara en el castillo. Era Floris, el nieto desheredado de Graj.

Pablo le dijo al quedar admitido al servicio de la casa:



Estos bailes, inmorales de sí, son siempre propicios a fraguarse intrigas

— Ahora, Floris, a estar atento y a obedecer.

— Bien, señor. Obedeceré.

No pasaron en vano los días para Judit, que empleó todas sus artes para recuperar el amor de Nicolás, que al fin, hombre débil y caprichoso, se dejó arrastrar.

La señora Huber recordando lo que podía suceder a Magdalena, a la cual quería de veras, espía a los ex prometidos, no dudando de que al fin traicionarían a su ahijada.

Y no se engañó. Porque al atardecer de un caluroso día descubrió lo que ya suponía.

En uno de los bancos del jardín del castillo de Gual, Nicolás escuchaba las insinuaciones de Judit.

Y llegó el momento en que el hombre, frágil e impotente en estos casos, accedió... Perdió la seriedad y sus labios se posaron en los de la perversa seductora.

Esto fué lo que con verdadero enojo vió la nodriza de Magdalena, y no pudiendo contenerse ya por más tiempo subió al dormitorio de ésta.

— Magdalena — la dijo apesadumbrada —, tengo el deber y la obligación de ponerte sobre aviso acerca de una cosa grave.

— ¿Qué sucede, madrina? — preguntó alarmada la confiada esposa.

— Tu marido dijo una falsedad!

— No puedo comprender...

— Sí, te engañó al decirte que Judit era su prima.

— ¿Es que usted supone?...

— No es suposición, querida Magda.

— ¿Será posible, Dios mío? — exclamó asombrada la joven esposa, y añadió — : ¿No será una equivocación, una mala interpretación, un chismorreo de criados?

— No me equivoco... Acabo de verlos en el jardín.

— ¡Oh, esto es horrible! ¿Qué desgracia!

— Créame, Saque a su marido de aquí con cualquier pretexto; lo demás corre de mi cuenta. Pero hágalo con disimulo.

— ¿Y qué le diré? ¿Qué voy a inventar para sacarle de aquí?

— Algo... lo que sea; una bagatela... Pero marchen ustedes a la ciudad.

— ¿Y por qué no despedir a Judit?

— De ninguna manera. Se irritaría Nicolás, negaría y sería peor.

Sobrerompiéndose y ahogando su pesar, Magdalena procuró dar a sus palabras la mayor naturalidad. Terminada la cena dijo a su esposo

— Nicolás, quiero pedirte que me acompañes mañana a la ciudad.

— Para qué?

— sencillamente: tengo que ver a la modista para unos vestidos de la temporada próxima, y como estaré al menos tres días desecho que me acompañes.

— Pero ¿no reparas que tenemos dicho a Judit que pase unos días con nosotros?

— ¡Oh! ella puede perfectamente quedarse hasta nuestra vuelta. Yo en cambio debo aprovechar estos días, pues de lo contrario ya no tendría a tiempo mis ropas. Además, ella comprenderá esto perfectamente, tratándose, como se trata, entre familia... ¿No te parece?

Nicolás comprendió que debía darle la razón, a no ser que quisiera dar a conocer lo que en verdad sucedía, y contestó :

— Como quieras, querida Magdalena.

— Así, pues, mañana a las ocho — dijo Magdalena a la señora Huber.

Y al día siguiente, en automóvil, después de despedirse con excusas de Judit, diciéndole que no tardarían en estar de vuelta, salieron Nicolás y Magdalena para la ciudad.

Poco rato aguardó la señora Huber para poner en práctica su plan.

No bien hubieronse perdido de vista los viajeros, seriamente se dirigió a Judit, y con voz imperativa la dijo :

— Señorita Judit... siento decirle que usted está aquí de más.

— ¿Qué quiere decir usted? — preguntó sin querer comprender Judit.

— Que puede usted irse con la música a otra parte...

— ¿Es que se me echa de casa de mis parientes? — interrogó queriendo seguir la farsa.

— Vamos, señorita... a mí no me debe usted engañar. Usted es la antigua novia de Nicolás, y quiere por venganza recuperar de nuevo su afecto, sin reparar en el mal que hace y la falta grave en que quiere hacer incurrir a un esposo. ¡Eso es indigno!

— Lo mismo digo yo. Eso es indigno. ¿Es que me supone usted una cualquiera?...



¿Su marido?... En aquel rincón... aburriéndose

— Bueno, bueno; no entremos en discusiones y márchese usted.

— Pero, ¿quién es usted para echarme de esta casa?

— Soy quien tiene autoridad para hacerlo. Y si no, dígalo a la señorita Magda, que le dará las razones de mi proceder.

— Pero — repitió — ¿es usted alguna cosa en esta casa?

— ¡Soy... la que vi como hurtaba usted un beso a Magdalena, de labios de Nicolás!... ¿Cree que esto

es poco? ¿Comprende ahora por qué razón salieron los señoritos?

Judit no pronunció una palabra más, y avergonzada quedó al pie de la escalera mientras la señora Huber subía por el pequeño equipaje de la intrusa.

Pablo, que desde un lugar oculto oyó el vivo diálogo, y dispuesto siempre a aprovecharse de las ocasiones para sus planes, se acercó a Judit y con tono misterioso le dijo:

— No se aflija; usted debe verlo pronto.

— Es que yo le quiero de veras...

— Disimule y vaya a la ciudad. No la da pesarle.

— Pero a usted qué le importa eso?

— ¿A mí?... Poca cosa. Es un favor que puedo hacerle, si quiere... se entiende.

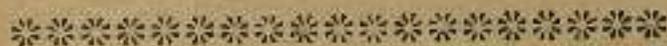
— Bien, sí... lo quiero; confío en usted!

V simulando obedecer lo que la señora Huber le había ordenado subió a su habitación y recogió el maletín que la nodriza tenía preparado.

— Entonces — la dijo — espero de usted que no dirá ni la menor palabra a Magdalena... se lo ruego, señora Huber.

— Yo sé qué debo hacer. Máchese usted y déjeme en paz.

Judit no quiso replicar y salió mohina y cabizbaja aparentemente, pero dispuesta a no dejar de sus redes a Nicolás, confiada en la promesa de Pablo.



IX

LA MORAL DEL HAMBRE

Magdalena procuró con distintos motivos alargar su estancia en la ciudad, y Nicolás, comprendiendo que su esposa sospechaba algo, no quiso demostrar su impaciencia por volver al castillo.

Pablo y Floris estaban también con ellos, por lo que fué facilísimo que los cómplices se pusieran de perfecto acuerdo ultimando su plan.

— Es menester — dijo Pablo — que la señora vuelva sola al castillo... y tú, Floris, pongas en práctica las instrucciones recibidas.

— ¿Pero cómo vamos a lograr separarlos de nuevo? — preguntó intrigado Floris.

— Tú no te preocupes de eso... y obedete.

Floris no replicó. Hambriento y sin rumbo en la vida, abandonado y pobre, había descendido hasta la degradación: era un esclavo del primero que sabía explotar su pobreza de espíritu, su atrofiamiento moral hijo de la miseria. Era malo porque nadie le había enseñado a ser bueno, porque su moral había,

por desgracia, sido dictada por las circunstancias de su vida sin fortuna.

Pablo sabía aprovecharse arteramente de la situación anómala de aquel hombre, al que había convertido en cómplice de sus fechorías, en instrumento de su maldad.

Pablo escribió una carta concebida en los términos siguientes :

Querido Nicolás : Te espera esta noche en el baile del Savoy. — Tu JUBIL.

Pero la carta no le fué entregada a Nicolás.

Y el caso fué que, colocada la misiva de manera que Magdalena pudiera darse cuenta (de lo que se encargó Floris), ésta dijo a su marido que quería acompañarle por la noche, sin dar importancia a la cosa.

— ¿Pero es que tú vas a venir al baile del Savoy, al que un amigo me ha invitado? (Pues Pablo, sin decir por qué, habíale invitado con insistencia).

— ¡Ah!... ¿Pero es que ibas al baile? — dijo ella fingiendo no saberlo — Yo te decía que deseaba venir sin saber dónde ibas. Si te estorbo...

— No, mujer — contestó Nicolás, para evitar toda sospecha a su esposa, pues no tenía por qué esconderse de ella en tal caso.

Y por tanto, ambos se dirigieron por la noche al baile de carnaval del Savoy.



Permítame que lo acompañe hasta la puerta

Estos bailes, inmorales de sí, son siempre propicios a fraguarse intrigas de vodevil.

Pablo, precisamente había preparado las cosas para que así sucediera, en apariencia, aunque el fondo de la trama era más malvada aún.

El ex profesor de baile les aguardó, y al verles llegar acompañados de Floris no pudo reprimir un gesto de satisfacción.

Sentáronse los esposos y pronto empezó el baile. Al poco rato, cuando Magdalena estaba en con-

versación con unos conocidos, Pablo se acercó a Nicolás y le dijo disimuladamente :

Una linda joven desea hablar con usted.

Levantóse el incauto marido y fuése al lugar indicado por Pablo... Allí estaba Judit, más apasionada que nunca.

— ¿Otra vez, Judit? — exclamó Nicolás, contrariado.

— No, sí. ¡Es que prefiero las humillaciones y la muerte a no verte más!

— Pero eso es una insensatez. ¿No lo comprendes?

— ¡No, no quiero comprenderlo... no puedo olvidarte!...

Y tal persuasión puso en sus ojos suplicantes, que olvidándose de Magdalena se quedó al lado de la seductora.

Pablo, que se había escarrido, no perdió en balde su tiempo, pues inmediatamente de dejar solos a Judit y Nicolás se presentó a Magdalena, acompañado de un sujeto a cuya vista ella puso mala cara.

— Tengo el gusto de presentarle a su antiguo conocido, el capitán...

— ¡Ah, sí!... Ya le recuerdo...

Y como quien no da importancia a la pregunta, se dirigió al mayordomo :

— ¿Sabe dónde está mi marido?

Entonces Pablo, poniendo toda la intención en sus palabras, contestó :

— ¿Su marido?... En aquel rincón aburriéndose...

Magdalena dirigió la vista al lugar indicado.

Allí estaba Nicolás escuchando embelesado las palabras de Judit, olvidando su deber sin discreción alguna...

Un violinista se había acercado a la pareja, y con sus melodías voluptuosas encendía la pasión que quizá no se había aún dejado completamente sentir en el infiel esposo para que olvidara completamente que allí estaba su esposa que podía verle.

El capitán, que se había percatado del efecto producido en el ánimo de Magdalena por el cuadro que veía, se decidió para beneficiarse de ello :

— ¿Quiere usted bailar conmigo?

— Como guste — dijo ella para ahogar el enojo que sentía y vengarse de la falta de su esposo. Y nerviosa dió unas vueltas con el capitán, que tiempo atrás había promovido el incidente ruidoso el día del cumpleaños de Magda.

Al cabo de un rato la invitó a descansar, accediendo momentáneamente ella, sólo para contemplar a su rival más de cerca.

El antiguo pretendiente se dió perfecta cuenta de la situación de Magda, decidiendo aprovecharse, pues casi siempre da buen resultado en las ocasiones en que la mujer siente el despecho y los celos el lograr lo que en otras circunstancias... menos cuando la dama es honesta y el galán antipático... como en tal ocasión sucedió.

Pues al intentar el capitán requerir de nuevo a

Magdalena para recibir de ella los favores de amor ella le rechazó de plano, y levantándose exclamó:

— ¡Déjeme usted, si es caballero!

Y saliendo rápidamente del salón se dirigió al vestíbulo para huir.

Pablo comprendió en seguida lo sucedido, y como quien se acerca por casualidad preguntó a la azorada Magda:

— ¿Se va usted, señora... sin el señor?

— ¡Sí, me voy sin él!

— ¿Adónde?

— Al castillo! — respondió con resolución.

Permítame que la acompañe hasta la puerta — dijo cogiendo el abrigo de la dama.

Luego fué en busca de Floris, y antes de que el auto emprendiera la marcha, dijo al criado en voz baja:

— ¡En la ocasión de dar el golpe! ¿A ver si sabes aprovecharla!...

— Lo intentaré — respondió el otro con cierta humildad servil.

— ¡Lo has de hacer!

Inmediatamente el automóvil se puso en marcha.

Pablo se quedó unos instantes viendo cómo se alejaban. Después exclamó:

— Todo sale a pedir de boca... Con tal que Floris no titubee...

Y con la sonrisa en los labios volvió a entrar en el salón de baile.

Magdalena quedó desde aquella noche en el castillo con su pena, y Floris con su mala intención.

La señora Huber, enterada de lo sucedido y no viendo, por otra parte, a Pablo de vuelta, no dudó un instante de que éste estaba metido en el enredo con alguna mala intención, y se propuso estar con más interés que nunca sobre aviso. Además Floris, por su amistad con Pablo, le infundía igual sospecha.

Nicolás, al enterarse de que su esposa, despechada, se había marchado al castillo, quedó algo inquieto; pero temiendo la consiguiente repulsa no quiso ir y quedóse en la ciudad, con gran contento de Judit.

Así me gusta... ¡que seas hombre! — le dijo ella al ver que se quedaba.

— Sí, pero esto va a ocasionarme algún serio disgusto — replicó preocupado Nicolás.

— No hagas el nene ahora. ¿Es que tienes miedo a tu mujer?

— ¡Eso no!... En fin, no nos apuremos; mañana será otro día.

— Y si no, pasado — añadió Judit con una carcajada.

Floris, que a pesar de su carácter adusto tenía su corazón, aquella noche no se decidió a obedecer las instrucciones recibidas de Pablo, porque no tenía atrevimiento para disgustar a Magdalena después de lo sucedido.

Además, que sin la instigación de Pablo nunca le hubiera ocurrido perjudicar a Magdalena, por la cual sentía un afecto desde el primer día de conocerla, que llegó a convertirse en insana pasión.

Al amanecer siguiente Floris entraba en su cuarto, después de arreglarse.

Una piedra tirada con discreción le hizo volver la vista hacia la ventana.

El la abrió, subiendo un hombre: Era Pablo.

La señora Huber, que había entrado en la habitación durante la corta ausencia de Floris y se había escondido tras un biombo, sospechando que algo debía suceder, quedó asombrada y conteniendo la respiración pudo oír el diálogo sostenido por los dos canallas.

— ¿Pero qué aguardas, Floris? — dijo con enojo Pablo.

— No he tenido aún ocasión...

— ¿Todavía no?

— Es que me falta valor, Pablo — balbució Floris.

— ¿Acaso, imbécil, te has enamorado de ella?

— ¿Qué sé yo... quizá!

— ¿Esas tenemos? Bien... a buena hora, mangas verdes... Yo sé cómo acabar con tus romanticismos. ¿Se donde agradecerían saber dónde estás!...

— ¡Ah, no... eso no! ¡Yo soy capaz de todo, pero no me delate! — exclamó lleno de pánico Floris.

Entonces...

— Cumpliré lo pactado... ¡El cofre, ya sabes dónde!...



... no pudo reprimir un impulso...

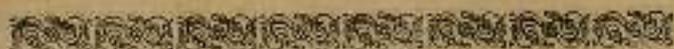
Quedamos en que esta noche a las doce te espero a la salida del jardín.

Iba Pablo a saltar de nuevo la ventana, pero Floris le dijo complaciente:

— Espere... Si no hay nadie puede salir por esta puerta.

Ambos salieron de la habitación por una puerta falsa.

La señora Huber, llena de horror, se escapó como pudo de su escondite.



X

HORAS DE MIEDO

Tiempo le faltó a la señora Huber para comunicar a Magdalena el peligro que le amenazaba.

En cuanto supusieron que las oficinas del Tribunal de Guerra estaban abiertas fueron las dos mujeres a recabar su auxilio.

El Presidente — como en la ocasión de la pasada vida de Magda — hizo a ésta la misma pregunta que había hecho a Floris :

— Supongo que no ignorará usted, señora, que la pena de muerte es el castigo que en estas circunstancias se impone por el delito de robo.

— Eso es horrible!... Floris es un desgraciado y no merece tal pena — exclamó compasiva Magdalena —. ¿No podría evitarse el robo, pero dejarle a él? — preguntó ingenuamente.

— Ah, no! Mi deber — respondió el comandante — es perseguir al criminal y cumplir la ley!

— Entonces, ¿qué debemos hacer nosotras?

— Sencillamente : les aconsejo que hagan esta

noche su vida ordinaria, y no tengan miedo ; que mi gente llegará en el momento oportuno.

Las dos mujeres salieron de allí con más miedo casi del que habían entrado.

La señora Huber logró reponerse la primera, animando a Magdalena para que no descubriera sus temores.

— Procuremos disimular todo lo posible — dijo a su ahijada —, pues si Floris se da cuenta es capaz de vengarse de nosotras antes de recibir auxilio de nadie.

— ¿Y si telefoneáramos a Nicolás?

— De ninguna manera. En primer lugar él quizá no viniera después de lo sucedido, y luego Floris se enteraría forzosamente.

— Es que yo no sabré disimular mi zozobra...

— Es necesario sobreponerse, señorita. Haga un esfuerzo, de lo contrario estamos perdidas.

Llegó la hora de cenar. Floris sirvió a Magdalena con gran nerviosidad, y su estado de ánimo evitó que pudiera darse cuenta del terror que iba invadiendo a Magdalena a medida que los minutos transcurrían.

La pobre mujer, llena de zozobra y a pesar de los esfuerzos que hacía, no podía probar bocado. Le temblaban las manos...

Para mejor disimular, la señora Huber la dijo :

— Señorita, no se apure usted por su esposo, no enferme, ya verá como sólo es una pequeña aventura de la que se arrepentirá...

— Sí, no... no lo dudo; pero es que me ha trastornado tanto... Yo no puedo contenerme.

No menos turbado se hallaba Floris, aumentando más su azoramiento cuando al subir un momento a su habitación encontró el siguiente billete:

«No hay necesidad de esperar hasta las doce. Te aguardo ya con el auto. — P.»

Terminada precipitadamente la cena, nerviosamente Magdalena dijo a Floris, queriendo disimular mejor.

— Abrame el piano...

Floris obedeció. Y cuando ella se había sentado y sus dedos temblorosos hacían vibrar las primeras notas, el criado, solo con ella, no pudo reprimir un impulso y atrevióse a pasar suavemente su mano por los cabellos de Magdalena, retrocediendo al instante. Ella se estremeció, dirigiéndole una mirada llena de espanto. Floris no se atrevió ni a pronunciar una palabra y salió.

Elena de inquietud llamó Magda a la señora Huber y subieron al dormitorio, después de dejar disimuladamente el collar dentro del cofrecito guardado en la librería.

— ¡No puedo más! — dijo Magda, cayendo sentada en un sillón.

Dijo entonces la señora Huber:

— Un poco más y todo habrá pasado... Mire — añadió señalando un timbre que estaba colocado sobre la chimenea —, no tema, señora: si usted toca el timbre acudiremos en seguida.

— Bien, sí... vaya y vigile, señora Huber...

— No pase cuidado, y avise.

Pero la señora Huber era lo bastante cándida, a pesar de haber vigilado tanto, para ignorar que los criminales toman bien sus medidas... porque en aquel momento Floris cortaba todos los hilos de los timbres eléctricos.

Por un rato todo quedó en silencio. Magda, llena de terror, miraba las agujas del reloj.

Y mientras ella sufría, Floris hacía los preparativos para el golpe... Bajaba silencioso la escalera del amplio salón completamente a oscuras... Sólo él se alumbraba con una débil lucecita.

Los minutos pasaban lentos, mortales, para Magdalena...

Y pasaban angustiosos, febriles, para el cómplice que esperaba fuera... Y para el de dentro, que se atemoriza ante la visión del castigo...

Entretanto, vuela impaciente por la carretera de la ciudad al castillo un esposo arrepentido. ¿Llegará a tiempo?...

¡Horas de miedo y de amargura! ¡La traición conjugal! ¡El crimen que acecha! ¡La visión del castigo!





XI

NUDO DE HORCA, HEBRA DE ORO

Floris llegó vacilante ante la librería. Empezó a tantear trémulamente los volúmenes.

De pronto, sus manos se helaron completamente al contacto de un cuerpo frío...

Era la atquilla. Intentó retenerla... le falló el pulso y cayó al suelo con un ruido delator...

En el silencio de la noche aquel golpe sonoro sirvió para precipitar los acontecimientos.

Aterrada abrió Magda la puerta del dormitorio, gritando:

— ¡Señora Huber! ¡Señora Huber!...

Floris, al verse descubierto, puñal en mano subió rápidamente la escalera. Magda, horrorizada, entró sin tiempo de cerrar la puerta, y Floris penetró, cerrando por dentro.

— ¡Usted me delatará y estaré perdido sin remedio! — exclamó fuera de sí, siguiéndola por la estancia.



Si usted toca este timbre, acudiremos en seguida

— Floris — gritó Magda en un supremo esfuerzo —, ¿serás capaz de matarme?... ¿Tan ciego estás que no has leído nada en mis ojos?

Y por instinto, como en su otra vida, aplababa a la suprema y muda razón convincente... abrió su bata, descubriendo su níveo seno.

Floris se detuvo... Pudo más su instinto lujurioso que el peligro del cadalso.

— Pero, Magda, ¿me quieres?...

— ¿Cómo no has comprendido mi afición a ti?...

— ¡No es posible! — exclamó delirante Floris.

— Sí... — prosiguió ella — ¿te llevarás mis joyas y mi dinero, pero también a mí!...

Floris, ebrio de pasión, iba a cometer un delito peor al robo... creyendo las palabras que por instinto de conservación pronunciaba Magda.

Ella vió un peligro peor que la muerte...

— ¡No!... aquí no... ¡nego!... Preparemos la fuga

— ¡Mentira!... ¡No me dejes engañar! — gritó él.

— Que sí, Floris... Pero vámonos...

Y de nuevo intentó tocar el timbre... El la persiguió.

— Señora Huber! — gritó desesperada — ¡¡Socorro!! ¡¡Socorro!!...

El puñal iba a penetrar en su corazón; pero la puerta se abrió...

Llegaba el auxilio y con él un esposo arrepentido.

— Perdón, Magda mía... No debí abandonarte jamás en este castillo...

Luego, lo mismo que en la otra vida : el severo Tribunal, la varita que se rompe haciendo caer sobre el reo todo el peso de la ley... Pero ahora el reo es Floris, el nieto de Otto.

Y es Magdalena, la nieta de Franz, la que hace desesperados esfuerzos para salvar a Floris, al desventurado desheredado, porque piensa en el sino cruel de los pobres.

— No soy feliz, no soy feliz — dice a su esposo — El demasiado dinero pesa en las arcas de las conciencias.

Y en el momento en que el verdugo pone su fatídica mano sobre el reo, las brujas dejaron de hilvanar. Suspendieron su trabajo... y Floris no murió.

La anciana señora de Gral despertó sobresaltada ante el desenlace de las novelas forjadas durante una hora en su imaginación febril.

Al contemplar las cabezas inocentes de los pequeños Franz y Otto, secóse con un pañuelo dos ardientes lágrimas.

Luego, más serena, llamó a un criado.

— Diga al abogado y a los escribanos que pueden pasar.

Estos entraron.

— ¿Se ha decidido usted ya? — preguntó ceremoniosamente el abogado.

Entonces ella con gravedad contó la visión que había tenido sobre el porvenir de los descendientes de Gral, y ante la mayor expectación de los reunidos exclamó:

— Desde luego desobedezco la voluntad de mi hijo, señor notario. Podéis partir por igual la herencia entre mis dos nietos.

— Creo que es un gran acierto, señora.

— ¡Oh, sí!

Y estrechando a los dos pequeños entre sus brazos, añadió sonriente y siguiendo su manía de brujerías:

— Y así las brujas hiladoras podrán hilar a la par con sendas hebras de oro el destino de los hijos de vuestros hijos...

Y al poco tiempo la anciana cerraba los ojos tranquila de conciencia, sin temor al Destino de los hijos de sus hijos...



En el número próximo
publicaremos la
sensacional novela

EL CABALLO DE HIERRO

Superproducción gigante FOX

protagonista

GEORGE O'BRIEN

1000

DIRECCIONES DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Concededores de la utilidad que ha de tener un libro con las direcciones de los principales artistas de la pantalla y casas productoras, nos hemos decidido a publicar el tomo, que ofrecemos a nuestros lectores



Precio de este interesantísimo libro:

UNA PESETA

DO RE MI

Publicación musical, al alcance de todos

LOS MEJORES NÚMEROS POPULARES
COUPLETS DE MODA : GRAN PRESENTACIÓN

Titulos de las piezas publicadas :

PERICÓN RANCHERO (pericón), letra de D. Villán, música de J. Costa.

ESCLAVA FIEL (java), letra de los Hnos. Pelegri, música de V. Quiros.

PÍCARA MODISTILLA (pasodoble), letra de V. Salvatella y A. Lorca, música de Juan Viladomat.

PERDÓNAME (tango), letra de los Hnos. Pelegri, música de V. Quiros.

¡POR UNA MADRE! (pasodoble), letra de José M.^a Milán, música de C. P. Requena.

S. M. LA REVISTA (fox-trot), letra y música de R. Vidal.

FUMANDO ESPERO (tango), letra de F. Garzo, música de J. Viladomat.

EL PICO DE LA PACA (pasodoble-marcha), letra de D. Villán, música de J. Costa.

MI ÚLTIMO RECUERDO (tango de las campanas), letra de E. Cervera Pujol, música de José M.^a Cervera Pujol.

BOMBONES Y CAMELOS (marcha pegón), letra de Athos y V. Morcill, música de V. Pastallé y G. Barceló.

OYE, MARIANO: ¿TE GUSTA EL CHOTIS? (schotilisch dialogado), letra y música de José M.^a Cervera Pujol.

CORTA, CORTA (pasodoble), letra y música de R. Vidal.

PRECIO: 35 CÉNTIMOS

BIBLIOTECA
PERLA